

# El surrealismo en América Latina

Por Alvaro DIEZ

El surrealismo no es sino el intento franco y totalizador de abolir la muerte por medio de la poesía liberada, continuación de la Palabra de voces como las de Blake y Lautremont, Fourier y Roussel, Rimbaud y Sade, que en este siglo se levantan en reclamo incondicional de la irracionalidad de la irracionalidad creadora. Con el surrealismo se sintetizan todas las corrientes de la poesía que a lo largo de la tradición cartesiana de la "civilización occidental" aspiraron a liberarse de las burdas ataduras filosóficas, religiosas y moralistas de aquellos "valores" actualmente implicados en las mayores desgracias del género humano.

El nacimiento del surrealismo tiene el prestigio del descubrimiento de la imaginación potenciada casi al infinito, o lo que es lo mismo, la recuperación de lo maravilloso y mágico como auge de la interioridad del mundo plenamente humano. En Latinoamérica tiene además el rasgo propio de la reconciliación de la poesía con la realidad exterior, en este ancho país donde las fuerzas de la naturaleza y de las creencias y costumbres populares están fusionadas como en el sueño, en el asombro de la unidad de todos los contrarios, en la inocencia del amor loco. Por otra parte, el surrealismo no es tanto una escuela o una tendencia como una actitud del espíritu; sus métodos son, de hecho, contingentes, sus aspiraciones son absolutas.

La expresión de la vida surreal como un "estado natural del ambiente" en Latinoamérica no es, ni

puede confundirse, con una prolongación y repetición del originario movimiento poético francés. Las relaciones de actividad poética de diversos surrealistas franceses con sus pares latinoamericanos son ya conocidas por la historia de la literatura. Breton y Perret —por citar sólo a dos de ellos— cultivaron una especial atención sobre nuestra cultura y sus posibilidades revolucionarias en el plano del arte e incluso de la sociedad, por

rollado de manera necesariamente sui generis. Ninguno de los poetas surrealistas latinoamericanos —excepto, tal vez, César Moro— podría ser definido por líneas ejemplares, como ocurría dentro del movimiento mismo dirigido por André Breton, pero, aunque el surrealismo latinoamericano es sobre todo un lenguaje de la espontánea y natural surrealidad de estas tierras y gentes, de estas historias y geografías que son la historia y

grupos, revistas, manifiestos y obras, cuya riqueza aún no tiene un análisis crítico de conjunto digno de su valor. Aún está por escribirse la historia del surrealismo latinoamericano, pues no existe ninguna obra que comprenda tanto el origen como el desarrollo y la dispersión constelada de la poesía y de la pintura surrealistas, indispensable conjunto unitario para evocar una auténtica historia. Aquí es pertinente anotar la importancia

Los países en los que más notablemente tuvo lugar la actividad y reflexión del surrealismo han sido, de una u otra manera, con diferencias cronológicas e idiosincráticas, Argentina, Chile, México y Perú. En El Caribe destacan las voces esenciales, aunque en lengua francesa, del haitiano Magloire-Saint-Aude y del martiniqués Aimé Césaire.

Es en Argentina donde se funda, en 1928, por primera vez en lengua espa-

ñol, un grupo surrealista. Los países en los que más notablemente tuvo lugar la actividad y reflexión del surrealismo han sido, de una u otra manera, con diferencias cronológicas e idiosincráticas, Argentina, Chile, México y Perú. En El Caribe destacan las voces esenciales, aunque en lengua francesa, del haitiano Magloire-Saint-Aude y del martiniqués Aimé Césaire.

El pensable mencionar los que recibió el concurso de nombres de Juan José creadores (poetas y pintores) surrealistas extranjeros, Carlos Latorre, Olga Ros en forma continua como ningún otro país, no obstante Braulio Arenas (1913), En-ello, un movimiento o agrupación Gómez-Corra (1915), pamiento surrealista. La y Teófilo Cid (1914-1964), radical diferencia con el posibilitan la aparición del caso de Chile podría ser surrealismo chileno, que se explicada en razón de convertirá en la actividad las complejas peculiaridades surrealista de grupo más des de una especie de rica y plena y de más lar-xenofobia cultural, cuya ga duración coherente que sugerencia y aproximación, se diera en Latinoamérica. Octavio Paz (1914) expone La edición de su revista en su excelente libro El

gicos del surrealismo, afirmación en profundidad de tales fundamentos y búsqueda infatigable de las tierras humanas de lo numinoso, de la libertad y del amor.

En el Perú, Emilio Adolfo Westphalen (1911) publicó *Las Insulas extrañas* en 1933. En 1935, *Abolición de la Muerte*, su segundo y último libro. Es en esta época que el regreso de César Moro (1903-1956) al Perú, militante del surrealismo en Francia, confluye con la presencia de Westphalen en una iluminada conjunción que promueve una labor cultural enaltecedora sin precedentes en el Perú; por su profundidad renovadora y por realizarse en un ambiente de cerrazón intelectual y de aislamiento semejante al de Bolivia y Paraguay (cada uno de ellos doblemente enclaustrados), la tarea de difusión y creación de ambos poetas tiene las dimensiones de una cruzada, que fue llevada por Westphalen, hasta el día de hoy, con la altura que alcanzaron con su entrañable amigo. La obra surrealista de Moro y Westphalen na cejajo liameantes sendas para el cultivo de la poesía por parte de generaciones futuras, digna de figurar junto a la obra imponente de César Vallejo.



Molina



Paz



Eguren



Westphalen.



Huidobro.

comprender, como lo entendieron los primeros surrealistas norteamericanos, que aquí se trataba de la toma de conciencia de un hecho dado, ese "estado natural", cuya expresión encuentra su ritmo y su forma representativa en el lenguaje surrealista des-

geografía nuestras, ese lenguaje fue objeto de un intento de organización por quienes actualmente constituyen parte de los creadores más notables de la Patria Grande.

La tarea de construcción de este lenguaje produjo la aparición de distintos

central que tuvieron como precursores de esta actitud del espíritu en Latinoamérica el chileno Vicente Huidobro, el mexicano José Juan Tablada, el peruano José María Eguren, el venezolano José Antonio Ramos Sucre, el argentino Oliverio Girondo.

ñola, un grupo surrealista. Aldo Pellegrini (1903-1973), poeta y crítico de arte, dio el golpe inicial con la publicación de la revista *QUE*; la labor de Pellegrini en pro del surrealismo latinoamericano ha sido inmensa. Del surrealismo argentino trasciende indiscutible al ámbito internacional la obra de Enrique Molina, (1910) cuya poesía es paradigma de exaltación del deseo y del hombre concebidos por el surrealismo. También es indis-

**MANDRAGORA** es memorable, como lo son los puentes tendidos por ellos hacia los poetas y pintores surrealistas de toda latitud. A estos extraordinarios ejecutores del surrealismo se une el nombre de Jorge Cáceres (1923-1949) que en su breve vida creó una poesía tan deslumbrante que fue capital para el desarrollo de la poesía chilena.

En México, quizá el país de más inmediato acceso a las corrientes europeas, y

**Laberinto de la Soledad** (1950) y en su *Postdata* (1970). En Octavio Paz, precisamente, el poeta que cultivó las relaciones más fructíferas con el movimiento surrealista en general, y quien en su país asimismo se convirtió en la piedra de toque del surrealismo. La poesía de Octavio Paz, así como su labor de pensador filosófico y aún antropológico ha devenido una condensación y transfiguración dialéctica de los fundamentos ideol-

La brevedad de la obra de Westphalen, brevedad perfecta, es sostenida por la indecible cristalización de la palabra surreal que contiene, por el indecible poder de expresión de un mundo inexpresable, por la indecible música de sus ideas poéticas. La *Abolición de la Muerte* de Westphalen vive y vivirá como amor y conocimiento que el surrealismo, esta llamada de amor viva de la cultura, ha encarnado en este país para siempre.